

Cartas y Caneles II III 1922 (R. A.)

¡Paciencia y barajar!

Según os dijimos, lectores, al hablaros de la cama, decía el arriero de marras — y él sabría por qué decirlo — que el inventor de la baraja fué el mismo que inventó la cama. En la cama gozamos, mejor que en otra parte y de otro modo, el dulce reposo de la inconsciencia y en la baraja el descanso del azar.

Decía Schopenhauer que los tontos, no teniendo ideas que cambiar entre sí, inventaron unos cartoncitos pintados para suplir con ellos el comercio y trueque de las ideas, pero a cualquiera, por muy pesimista que sea, se le ocurre pensar que si los tontos inventaron la baraja no eran ya tan tontos como parecían. Y hasta diríamos que la invención de un sustitutivo a las ideas es una de las invenciones más geniales del hombre. Tanto, por lo menos, como la del billete de banco.

Debemos hacer notar aquí, de pasada, que hay tres grandes variedades de tontos, y son la de los que inventan tonterías nuevas, que son los tontos originales y hasta geniales, cuyo símbolo es Gedeón — pero no el bíblico — y la de los que no hacen sino repetir las tonterías inventadas por otros, las de curso forzoso, los lugares comunes y de sentido común, y el símbolo de ellos es Pero Grullo. Y queda la otra variedad y es la de los archi-tontos, la de los tontos rematados y sin remedio, y es la de los que se mueren sin haber hecho ni dicho tontería alguna.

Y volviendo a lo de la baraja, cuya invención se pierde en la noche de los tiempos — como diría un tonto de la segunda especie — queda la duda de si tenía razón el arriero que la atribuía a un solo hombre o, si, como creía Schopenhauer, fué una invención colectiva y de sufragio. O de contrato social.

El problema histórico es complicado. Porque cabe suponer que un individuo aburrido inventó la baraja para hacer solitarios con ella y luego se extendió su uso a juegos entre dos o más personas, o si los tontos geniales la inventaron para aborrazarse la conversación y luego cada uno de ellos la empleó en solitarios para que no le cogiera el sueño en cuanto se encontrase solo. Una es la teoría colectivista y otra la individualista.

Y ¡qué placer el de hacer solitarios con la baraja en espera de que le reciba a uno el blanco regazo de hilo de la mullica cama! Una partida de solitario es una lección de historia universal. Y de moral.

De moral, sí, porque cuidado si hace falta fortaleza de ánimo para no hacerse uno a sí mismo trampas. Sabemos de uno de estos jugadores de solitarios que creyéndose solo en su cuarto al ir a hacer una trampa para sacar el juego miró detrás de sí y alderredor. ¡Y no era ello sino la conciencia! El rey Carlos VI de Francia, el loco, se entretenía con cartas de baraja, que eran

al principio pintadas, mas como esto resultase caro — la realza francesa era a fines del siglo XIV pobre — se acudió a imprimirlas, y ya en 1441, al año de haber descubierto Gutenberg la imprenta, los naipes de Venecia se quejaban de la competencia que les hacían los naipes impresos. Y Michelet, en su *Historia de Francia* al hablar de la distracción del pobre rey loco Carlos VI y de la baraja dice: «Lo que gustaba en este juego es que impedía pensar, que daba el olvido. ¿Quién hubiera dicho que saldría de él el instrumento que multiplica el pensamiento y que lo eterniza, que de este juego de locos saldría el todopoderoso vehículo de la sabiduría?» ¡Bah! si la escritura alfabética fué un secreto sacerdotal egipcio que sorprendieron los fenicios y desamortizándolo lo popularizaron para hacer letras de cambio mercantil — lo primero acaso que se escribió — ¡qué mucho que la imprenta haya salido del juego de naipes? Y es que los tontos de Schopenhauer no son tan tontos como parecen. Acaso Schopenhauer fué más tonto que ellos.

Hay en el capítulo XXIII de la Parte II del Libro un pasaje en que se nos cuenta como el venerable Montesiños presentó, en su cueva, Don Quijote de la Mancha al cadáver de Durandarte, a quien le había sacado el corazón, y le dijo como podría desencantarle el caballero manchego. «Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, oh primo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó a su acostumbrado silencio sin hablar más palabras». Lo que claramente nos muestra que Durandarte, o más bien Don Quijote, gustaba de hacer solitarios con la baraja y que haciéndolos templó su ánimo a la paciencia que pedían sus grandes hazañas.

«Paciencia y barajar!» ¡Qué profunda sentencia! Como que es otra versión del «hágase tu voluntad!» pero con una nota de actividad. *Paciencia* es la resignación, el «a Dios rogando», y *barajar* es la acción, el «y con el mazo dando».

El lector debe de saber que *desbarajuste* es un sustantivo verbal derivado de *desbarajustar* y que este verbo salió de la fusión de *desbarajar* con *desajustar*, y así el *desbarajuste* es una mezcla de *desbaraje* con *desajuste*. Y ahora ¿qué diferencia hay entre *barajar* y *desbarajar*? La cuestión es peliaguda. Y no creo que la resuelva un tipógrafo diciéndonos que la misma que hay entre *ajustar* y *desajustar* o distribuir.

La historia no es más que *barajar*, esto es: guerrear, y *desbarajar* o *desguerrear* o hacer paces que traigan nuevas guerras y frente a ello no cabe más que la paciencia.

¡Paciencia, lector, paciencia y baraja estas reflexiones que te presento!

Miguel de Unamuno